

## Del teatro de los pobres y otras piezas de pornomiseria

### *Saber y ganar*

JUAN JOSÉ FERRO HOYOS

Destiempo, Bogotá, 2017, 190 pp.

LA SUMA de “islas” —dispuestas en breves capítulos— que configuran el cuadro de costumbres de una familia acomodada y de la gente a su alrededor, entre servidumbre y otros personajes que participan de esta novela a manera de extras —taxistas, cajeros de banco, doctores y gente de aquí y allá—, constituye la estructura de *Saber y ganar*, la segunda novela del bogotano Juan José Ferro Hoyos (1988), abogado y politólogo con una maestría en Escritura Creativa de la Universidad de Nueva York. Se trata, en general, de una novela dedicada a hilar una serie de asuntos sin importancia para dar fuerza a lo que parece ser el relato central, que retrata el sainete obvio de ricos y pobres, de patronos y personal del servicio; un relato amanerado y en una primera persona que va juntando recuerdos banales e inconexos, mientras un tufillo elitista nos pone al tanto de otras vidas menos afortunadas que la suya.

Juan José Ferro quiso —como se lee en un par de entrevistas que rondan por ahí en internet— dibujar una serie de aristócratas odiosos alejándolos de aquel recurso de la pornomiseria, tan prolijo en algunos autores amantes del efectismo y la polaridad social como estrategia de ventas. Sin embargo, otro viento corre en el libro, pues *Saber y ganar* se encarga precisamente de subrayar lo contrario: el abismo social que existe entre sus personajes desde una narración que va y viene sin mucho cuidado por un variopinto anecdotario para telenovela. Por ejemplo, está la vida de María, la empleada del servicio, una mujer nacida en el Pacífico colombiano y venida de un remoto caserío a la orilla de un río que se desborda a capricho, y la atropellada existencia de su pequeño hijo, a quien esta familia aristócrata tuvo la consideración de acoger junto con la madre.

Ahora bien, *Saber y ganar* es, según su autor, una novela de “voz” más que de acciones y peripecias, por lo que trata de dar a sus personajes —los cercanos, los señores de la casa— la posibilidad de abrirse camino sin mayores artificios o dilaciones. Ante todo, la idea es convertirlos en cínicos y evitar con ello el galanteo con la sensiblería. Al parecer, se trata de ver correr el mundo desde una voz apática que habrá de sonar discordante en un entorno políticamente correcto. “Como todos en este país, soy inocente de mi indolencia”, dice casi al inicio nuestra narradora, dentro de lo que se presume un caserón colonial de la Bogotá del siglo XVIII.

La novela se desarrolla desde dos lugares que quieren converger mediante una analogía algo rebuscada y floja, como se verá. Mientras quien narra trae a colación un mundo nada pequeño de figurantes —su álbum familiar expuesto sin demasiada anestesia—, otro relato se nos cuenta desde el televisor de su sala: Jordi Hurtado, barcelonés circunspecto y de traje gris, sonríe a las cámaras de los años noventa mientras sus concursantes desfilan por pruebas de ingenio y conocimientos. De allí el nombre de la novela, *Saber y ganar*, un viejo programa de concurso de España. A su vez, visitamos el lugar de grabación de otro concurso de televisión, producido no hace mucho en Colombia, *Quién quiere ser millonario*, y se nos habla del propio Mario Laserna Phillips, su conductor y para entonces presidente del canal que lo transmitía.

Más allá de un relato bien escrito y maquinado como la reconstrucción experimental de un pasado que se ha querido relatar desde la asepsia emocional y que trata de crear una analogía algo perversa entre las ilusiones de unos concursantes sin nombre y la vida sin mucho futuro de una criada y su hijo, *Saber y ganar* es precisamente la demostración de que no siempre se debe privilegiar la forma por encima del fondo. Me explico: el ejercicio de relatar una serie de vidas burguesas carentes de toda fuerza, junto al padecimiento de un niño al que la narración que no le confiere ningún crédito mientras se le reduce al papel de peón sin protagonismo (realmente

el relato de su vida, hasta el final del libro, deja en el aire el olor a timo, a distracción), no se sostiene siquiera en las características de sus protagonistas. Aunque es evidente la mala leche de esa primera persona del relato, la perdonamos precisamente por ser apenas el resultado de la sociedad que la envuelve, pero no podemos hacerlo con el autor, que ha evadido la responsabilidad de contarnos algo realmente emocionante en su libro, artefacto que se parece a esos instrumentos de cuerda frotada que han perdido aquello que le da matices a su sonido, ese pequeño trozo de madera en su caja acústica conocido como “alma”. En últimas, esta novela también carece de ello. Para la muestra, un botón:

A María la vemos cocinando animales como pollos y reses. Poniendo en el fuego ollas enormes, limpiando mandiles, haciendo recados, mientras vemos crecer a Cléver, quien empezó a tomar un color distinto, pasada la infancia su piel se decantó por un café muy oscuro. El tono de piel de los indios de la India, según mi marido que nunca pasó de París. No necesitaba peinarse el pelo demasiado liso, herencia de los genes compartidos con los indígenas... (p. 107)

A las claras se nota, como en todo el relato, cuán poco creíbles son esta clase de aseveraciones que no quieren otra cosa sino polemizar. Suelen ser llanas y poco robustas, no tienen peso ni siquiera en el decurso de la historia. Se trata de frases hechas que aparecen por ahí en forma de juicios enclenques, frases que no terminan siquiera de delinear personajes tan confusos como el de la abuela o sus hijas. No me queda del todo claro cuánto tiene esta novela de autoficción, para un autor que ha declarado haber incluido varias anécdotas personales en su relato. También ha rastreado parte de la Bogotá de hace unos diez o veinte años para mostrarnos una serie de fotografías, láminas que tienen aquí el regusto de equívocas, pues no hay una reflexión de fondo sobre lo social o la historia de entonces. En su lugar, sobresale lo que la “caja” idiota nos cuenta cada que el relato se sumerge en el tema de siempre: el retrato de una pobreza en

NOVELA		RESEÑAS
<p>blanco y negro, y sin matices de fondo. Detrás del plano anecdótico ya referido, aparecen escuetamente un par de historias que el lector juzgará si efectivamente son tan relevantes como Ferrero parece pretenderlo: la enfermedad —el cáncer, la sordera, un problema en los ojos—, el acoso laboral, la violencia hacia aquel menor de edad, el <i>bullying</i> y el desprecio. Habrá que reconocerse parcialmente en esa voz disonante que no logra expresarnos algo ni dar vida a la novela más allá de su valor como experimento.</p> <p><b>Carlos Andrés Almeyda Gómez</b></p>		